

al propio pensador, entre la filosofía del periódico o la revista, de carácter ensayístico, y la filosofía de la cátedra, es decir, como sistema. Y termina casi con un enigma: “Tengo la impresión de que, en sus últimos años, Ortega tuvo que elegir entre una no-filosofía, es decir, un ensayo de filosofía y una *mala* filosofía, una filosofía *falsa*” (p. 233). Claro, la clave está en las cursivas. Hoy podemos pen-

sar que tanto Ortega y Gasset como las personas que conforman la generación llamada del 14 tuvieron conciencia de que culminaban una forma de pensar, mas la historia, esa realidad de regularidades pero básicamente de indeterminaciones, les jugó la mala pasada de abrirles un boquete por el camino que transitaban.

## FILOLOGÍA, PENSAMIENTO Y VIDA EN EL ORTEGA DE LA SEGUNDA NAVEGACIÓN

BALAGUER GARCÍA, Esmeralda: *Los límites del decir. Razón histórica y lenguaje en el último Ortega*. Madrid: Tecnos, 2023, 240 p.

CONCHA D'OLHABERRIAGUE

ORCID: 0000-0003-4269-3266

**S**i hay una disciplina que desde sus orígenes se haya mostrado esquivada a ceñirse a un *genus dicendi* así como a desterrar la fantasía no cabe duda de que es la Filosofía. La primera filosofía griega nos llega en forma de aforismos, sentencias y acertijos para cuya lectura comprensiva se requiere las más de las veces de un aparato crítico en condiciones. Aun con ello, los presocráticos siguen planteando oscuridades y enigmas que, lejos de producir rechazo, suscitan nuestro afán de esclarecimiento y profundización.

Y qué decir del diálogo platónico con su, tan a menudo, forma coloquial, distinta del formato de la “disputatio”, junto con los mitos y leyendas que iluminan la filosofía del más influyente de los pensadores. La riqueza imaginativa del autor del *Banquete* tampoco sirvió de enseñanza a quienes de manera

reiterada ponen en duda la condición de filósofo de Ortega, justamente por la innegable belleza de su prosa y su estilo sugestivo y estimulante, rico en imágenes, metáforas, etimologías y propenso a la metonimia y al recurso al mito, principalmente cuando este puede aportar vislumbres esclarecedoras allí donde la razón muestra su ineficacia o se revela insuficiente.

No creo necesario aportar más ejemplos, pues el propósito de este preámbulo no era subrayar lo obvio sino llamar la atención acerca de la pertinencia del prólogo que redacta Esmeralda Balaguer para el atractivo y lúcido libro que aquí presentamos, procedente de su tesis doctoral, leída en mayo del 2021 en la Universitat de Valencia.

Recurriendo a una sonora y provocativa afirmación orteguiana de *Meditación de la técnica* (publicada como libro en 1939), Balaguer titula su prólogo: “«El hombre occidental no espera nada de la literatura»: Literatura y logos”. En las escasas páginas que abarca dicho prefacio, la autora sintetiza la tensión entre literatura y filosofía, viva en Ortega y patente desde que empieza

### Cómo citar este artículo:

D'Olhaberriague, C. (2023). Filología, pensamiento y vida en el Ortega de la segunda navegación. Reseña de “Los límites del decir: razón histórica y lenguaje en el último Ortega”, de Esmeralda Balaguer García. *Revista de Estudios Orteguianos*, (47), 203-206.

<https://doi.org/10.63487/reo.64>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 47. 2023  
noviembre-abril

a escribir y a publicar. Asimismo, nos proporciona el método de lectura más adecuado para su trabajo.

Balaguer apela a la singular forma de la expresión filosófica nietzscheana, a la tradición española con ejemplos tan notorios como Gracián y Unamuno y, muy en especial, a los trabajos de Francisco José Martín sobre la filosofía inserta –y, no obstante, a menudo desatendida– en la tradición humanista. En esas coordenadas se ha de encuadrar la indagación de la profesora valenciana acerca de la Teoría del decir y del proyecto de la Nueva Filología orteguiana para una justa apreciación de las tesis que la sustentan.

Si bien algunas intuiciones apuntan ya en los primeros años, el marco temporal de *Los límites del decir: Razón histórica y lenguaje en el último Ortega* es el de la segunda navegación, tal como anuncia el subtítulo del libro.

Fue el propio filósofo madrileño quien, en el prólogo a sus obras de 1932, puso en circulación con un éxito indiscutible e imperecedero –hasta el presente al menos– el dinámico marbete de “segunda navegación”, tomado del *Fedón* platónico, con el fin de aludir al viraje que se proponía imprimir a su obra y a su vida, postergando la actividad pública, periodística y política intensa de los años anteriores en pro de una mayor atención al desarrollo de su Nueva Filología, fundamento de la filosofía de la razón vital y propedéutica de un modo de vida acorde con la proclama orteguiana de que la realidad radical es la vida de cada cual.

Escrito con una claridad y fluidez que invitan a la lectura a cualquier persona interesada por el ensayo filosófico, el libro de Balaguer responde a una com-

posición de raigambre clásica. Integrado por tres capítulos, el más sustancial, el que expone la parte central de la investigación y las propuestas fundamentales de la autora, es el segundo: “La nueva filología”.

Versa el primero sobre el “exilio existencial” del filósofo, certera acuñación de Balaguer, haciéndose eco de las palabras de Ortega, quien amplía el significado habitual de la voz e implica un estado de ánimo de mayor complejidad e incluso un tiempo en el que el exiliado no se encuentra transterrado, como decía José Gaos. En un pensador raciovital de la envergadura de Ortega, el exilio deviene circunstancia influyente –y determinante en ciertos aspectos– cuya impronta se percibe tanto en la biografía como en la obra, siempre íntimamente enlazadas en su caso.

La reflexión orteguiana acerca de la naturaleza y las consecuencias del exilio para un filósofo, que recoge Balaguer, me parece una de las claves para la cabal comprensión de *Los límites del decir: Razón histórica y lenguaje en el último Ortega*. Veámosla:

“El destino del filósofo es bronco, áspero y terrible, porque conduce inexorablemente al primer exilio de todos, al existencial, al que tiene que ver con el cuestionamiento incluso del propio quehacer y con la necesidad de volver la mirada hacia el interior para meditar futuras nuevas acciones” (p. 67).

En ese trance se encuentra inmerso Ortega al emprender su segunda navegación. Hay que subrayar que el filósofo habla de “nuevas acciones”, pues, como señala atinadamente Balaguer, la filosofía y la palabra son siempre para él *Handlung*, acción humana, tarea, *faciendum* antes que *factum*.

La preocupación por la lengua no implica nunca en Ortega, raciovitalista nato y vocacional, una observación distante ni fría ni meramente intelectual ni mucho menos externa o complementaria de su pensamiento, del que es, muy al contrario, parte medular. Su fenomenología personal es más bien deudora de la *enérgeia* humboltiana y de la filosofía de ímpetu romántico del filólogo clásico Nietzsche.

Tampoco aspira a elaborar una filosofía del lenguaje. Lo que le interesa es la palabra palpitante, en su *statu nascendi*, su primer vagido y las resonancias y matices que atesora a lo largo de su devenir, su etimología, así como los valores expresivos que se ejecutan en la circunstancia del intercambio o relación de persona a persona, incluyendo los fenómenos metonímicos. En consonancia con lo anterior, también le preocupa a Ortega en grado sumo el desgaste y la erosión que alcanzan y desvitalizan a los vocablos a causa del uso, hasta el punto de que su sentido o su significado se vean dañados e incluso se conviertan en palabras inertes que debieran ser enviadas al lazareto por un tiempo a trueque de que se tornen términos o voces menguantes, destinadas a entrar en un proceso de fosilización.

Momento germinal, circunstancia, razón histórica, poética, pragmática, gestualidad, recepción, salud e higiene de las palabras, en suma, son los componentes a los que atiende Ortega en su programa de renovación de la lengua, de su pensamiento y de su talante vital al que denomina, a partir de los años treinta, la Nueva Filología.

Igualmente, la doctora Balaguer se adentra detalladamente en una cuestión tan intrincada como relevante para una

rigurosa biografía intelectual: los silencios de Ortega, y contrapone y matiza críticamente las interpretaciones que al respecto expusieron –partiendo de las declaraciones ambiguas y algo sibilinas del filósofo–, Cerezo Galán, Lasaga Medina y Zamora Bonilla.

Relacionado lateralmente con el punto anterior, Balaguer estudia lo que el filósofo madrileño califica como insuficiencia y exuberancia del lenguaje: lo que queda “infado” o no dicho y lo que sobrepuja y excede la voluntad del hablante, aspecto central de la Teoría del decir orteguiana, anunciado desde el título del libro que estamos comentando: *Los límites del decir*, en el cual, por cierto, encontrará el lector interesado el itinerario de las principales obras en las que Ortega va anunciando, proclamando, elaborando y explanando su Nueva Filología, a partir de “Misión del bibliotecario” (1935). De importancia excepcional para la teorización y justificación del nuevo proyecto orteguiano es la correspondencia que mantuvo con el romanista germánico Ernst Robert Curtius (1937-1938), debidamente valorada por Balaguer.

Mas si el diálogo es una acción humana de importancia central para interpretar la nueva perspectiva filosófica de Ortega, no hemos de obviar que la pregunta inicial en la que tiene origen y razón de ser la Nueva Filología es la que inquiere: qué es leer un libro, cómo es ese particular diálogo que hemos de desplegar y cruzar con los pensadores y filósofos que nos precedieron y nos legaron una enseñanza y una experiencia válidas para nuestro tiempo (p. 133).

Ahora bien, si en la primera parte del libro Balaguer estudia el contexto o la circunstancia orteguiana en que verá la luz el proyecto de la Nueva Filología,

en la segunda nos expone al por menor las implicaciones, anticipaciones y nuevos caminos que podrían expandirse a partir del mencionado proyecto, una vez desarrollado como programa.

He de decir, no obstante, que el tercer capítulo, lejos de desmerecer de los anteriores, tiene para mí, orteguiana de la rama filológica y cultivadora de la crítica literaria, calidades excepcionales. Esmeralda Balaguer nos anuncia en el título que nos va a presentar la *praxis* o aplicación del método anejo a la Nueva Filología, y ciertamente cumple con tal propósito. Mas, seguramente lo más elogiable es el modo que elige para llevarlo a cabo. Realmente brillante y de un atractivo literario y filosófico muy sutil es el recorrido por los heterónimos orteguianos o personajes —ficticios, la mayoría de la primera época, e históricos a partir de la segunda navegación— que, a su manera y según el caso, permiten al filósofo prestarles su mirada y opinión o bien esquivar o hacer una finta a sus silencios proclamados y redactar una suerte de autobiografía parcial implícita que requiere de un buen hermeneuta para ser debidamente leída e interpretada.

Cuando se trata personalidades históricas de primer rango y de épocas distintas, Cicerón, Juan Luis Vives, Velázquez, Leibniz, Goya, Goethe, el tono es más grave y menos lúdico que con los heterónimos ficticios. En ocasiones, el apelativo elegido resulta ingenioso y evoca a los héroes de novela caballeresca, a despecho del origen vasco del apellido. Así sucede con Rubín de Cendoya, “místico español”.

La panorámica se enriquece con las peculiaridades de cada *alter ego*, y las afinidades —alguna que otra vez no tan fáciles de detectar en una lectura apre-

surada— que Ortega apunta, deja caer, permite deducir o reconoce, a pesar de que nunca se trate de ensayos meramente encomiásticos, e incluso, en el caso de Goethe haya una severa crítica a la falta de autenticidad del escritor alemán por no seguir las directrices de su vocación y quedarse en Weimar al servicio del gran duque. Algo parecido, *mutatis mutandis*, ocurre en el caso de Velázquez.

En lo que atañe a Juan Luis Vives y a Cicerón, amén de modelos intelectuales, se da la circunstancia del exilio con la que, pese a las diferencias, se siente solidario Ortega. La obra de Cicerón le permite por añadidura reflexionar acerca de los conceptos *concordia* y *libertas*, fundamentales como base y sustento de la República y un motivo de inquietud acuciante para Ortega en relación con España.

Junto a estos personajes en los que el filósofo se ve reflejado en diverso modo, están, a criterio de Balaguer los que constituyen un *alter ego* a la contra: Heidegger y Toynbee, porque la reflexión propia siempre se erige con un estímulo polémico y ánimo combativo frente a la doctrina de otros pensadores contemporáneos.

Estamos, en suma, ante un libro excelentemente escrito, lleno de sugerencias y rutas por explorar, que analiza y muestra con nitidez el carácter *semper vivens* del pensamiento lingüístico de nuestro primer filósofo y da cuenta a su vez de ciertos puntos de la Nueva Filología en los que Ortega se anticipó a autores señeros de la hermeneutica y la filosofía del lenguaje cuyas teorías se asentaron con posterioridad a su muerte, entre las cuatro últimas décadas del pasado siglo y la primera del presente: Gadamer, Koselleck o Quentin Skinner.